

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

Guerra Fría: coincidencias y disidencias entre la izquierda, el realismo y el autonomismo .

Zurita, Maria Delicia.

Cita:

Zurita, Maria Delicia (2008). *Guerra Fría: coincidencias y disidencias entre la izquierda, el realismo y el autonomismo*. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/340>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/UkU>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Nombre y Apellido: María Delicia Zurita

Pertenencia Institucional: Investigadora del Cerpi (Centro de Reflexión en Política Internacional) perteneciente al IRI (Instituto de Relaciones Internacionales) de la UNLP. Becaria de Iniciación de la misma casa de estudios.

Dirección de correo electrónico: mariadeliciazurita@hotmail.com

Mesa J 21 Argentina en el Mundo. Las vinculaciones externas frente a la globalización

Coordinador:

Alejandro Simonoff (UNLP)

Guerra Fría: coincidencias y disidencias entre la izquierda, el realismo y el autonomismo

Introducción

Luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial se produjo el paso de un mundo multipolar a un mundo bipolar. La guerra fría fue un proceso histórico muy peculiar que por aproximadamente cuarenta años mantuvo enfrentadas a dos grandes potencias política, económica y socialmente contrapuestas: los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por esos años se desató una carrera armamentística en la que las grandes potencias comenzaron a adquirir y perfeccionar un instrumento que hoy en día pone en peligro a toda la humanidad: las armas de destrucción masiva más conocidas como armas nucleares.

Una particularidad del escenario bipolar fueron las distintas etapas por las que pasó el enfrentamiento entre los dos grandes. Hubo momentos de distensión, de negociación entre los contrincantes y momentos de arduo conflicto.

Cuando transcurrían los años ochenta el sistema socialista soviético entró en una profunda crisis que concluyó con la caída de la Unión Soviética. Este hecho produjo la ruptura, parafraseando a los autores realistas, del equilibrio de fuerzas que había dominado el escenario internacional durante casi medio siglo y con esta el fin de la bipolaridad.

Al calor de los acontecimientos que transcurrían por esos años los intelectuales han analizado distintas temáticas como: ¿Cuál fue el origen del enfrentamiento?, ¿qué lugar ocupó cada uno de los contendientes dentro del enfrentamiento?, ¿cuál podía ser el futuro del socialismo?, ¿cuál fue el papel del Tercer Mundo en el contexto bipolar?, entre otros.

En el presente trabajo nos proponemos realizar un balance de dos años de investigación en el marco de un proyecto de Beca de Iniciación financiado por la UNLP. Este consistió en estudiar las lecturas que los intelectuales de izquierda, algunos integrantes de la escuela realista y los autonomistas realizaron sobre la Guerra Fría atravesados por dos dimensiones de análisis: una general, centrada en los cambios que presentaron las Relaciones Internacionales

durante la Guerra Fría y otra particular, respecto al papel ocupado por el Tercer Mundo en este período.

1. Distintas lecturas desde la izquierda

Antes de comenzar a desarrollar los distintos análisis queremos explicar a quienes denominamos como intelectuales “de izquierda”. Si bien el grupo de autores que analizamos es amplio todos se han caracterizado por tener un pensamiento crítico y muchos de ellos estuvieron emparentados con la militancia marxista. También se mostraron sensibles ante las desigualdades sociales existentes en el mundo tratando de formular propuestas para que la brecha entre los ricos y los pobres sea cada vez menor.

Para una mayor comprensión de las opiniones decidimos agruparlas por diferentes temas como: a) los orígenes de la guerra fría, b) las causas de la caída del sistema soviético, c) el futuro del socialismo y d) los resultados de la guerra fría.

a) Los orígenes del conflicto

El historiador Eric Hobsbawm sostiene que una de las principales causales del conflicto fue la disputa por los territorios periféricos en donde se preveía el fin de los antiguos imperios coloniales. (Hobsbawm, 1998: 231)

También pone el acento en lo ideológico ya que considera que el conflicto se originó debido a la postura defensiva de la Unión Soviética a quien le preocupaba el avance de Estados Unidos en los territorios no ocupados por los soviéticos. Mientras que, en contrapartida, a Estados Unidos le preocupaba el avance del comunismo. (Hobsbawm, 1998: 238)

Siguiendo en algunos aspectos la línea argumentativa de Hobsbawm, Chomsky pone énfasis en lo ideológico como origen de la bipolaridad pero sumando los intereses económicos de ambas potencias, principalmente de Estados Unidos. El lingüista norteamericano lo afirma diciendo que:

“...es cierto que por su naturaleza la URSS constituía un desafío inaceptable... su autarquía económica especificada interfería con los planes de los Estados Unidos para la reconstrucción de un sistema global basado en un comercio y en una inversión (relativamente) libres que bajo las condiciones de mediados de siglo, se esperaba que estuviera dominado por corporaciones estadounidenses y fuera altamente beneficioso para sus intereses como ciertamente lo fue. El telón de acero privaba a las potencias industriales capitalistas de una región que se esperaba suministrarían materias primas, oportunidades de inversión, mercados y mano de obra barata”. (Chomsky, 2002: 46)

De esta manera, podemos concluir que la Guerra Fría fue producto de una multicausalidad de factores como las diferencias ideológicas, políticas y de la coyuntura histórica.

b) La causas de la caída

Para algunos las causas de la caída del socialismo fueron internas mientras que para otros primaron las causas externas.

Causas internas

Hacia fines de los años setenta, Brezhnev elevó los gastos en defensa poniendo énfasis en la carrera armamentística. Al concentrarse tanto en lo que Halliday llamó la Segunda Guerra Fría a principios de los años ochenta, la Unión Soviética desatendió desarrollar avances en el campo tecnológico del software, imprescindible para el mundo de hoy. Esto le iba a impedir insertarse en lo que se conoce con el nombre de aldea global.

Causas externas

Como lo indica Halliday, no puede decirse que el colapso de la URSS sucedió únicamente por factores internos del sistema socialista. La debilidad fundamental era endógena, debido a que su modelo económico y político estaba destinado a fracasar, "...Pero esto no explica el cómo y el por qué del colapso comunista. Para esto se requiere una evaluación internacional". (Halliday, 1993: 98).

Para Hobsbawm, la caída del Socialismo influyó en la pérdida de imagen de superpotencia de la URSS cuando indica que:

"...la URSS se hizo cada vez más débil económicamente para mantener su papel de superpotencia, es decir, su control sobre Europa oriental. En resumen, el socialismo de tipo soviético se hizo cada vez más incompetente...". (Hobsbawm, 1993: 132)

De esta manera, los países del socialismo real tuvieron que enfrentarse no solo a sus propias contradicciones, sino a las constantes fluctuaciones de una economía mundial cada vez más integrada. En los umbrales de los ochenta, cuando la URSS se quiso actualizarse ya era tarde.

Nuestra opinión es que la debacle del socialismo se debió a una conjugación de factores internos y externos.

c) El futuro del socialismo

El nuevo escenario de fines de los años ochenta llevó a los intelectuales a preguntarse cual sería el nuevo orden mundial.

Hobsbawm tiene una visión optimista sobre el futuro del socialismo si se reformula. Según su opinión, el capitalismo de hoy en día no va a resolver los problemas que tiene la humanidad, como el crecimiento de la producción, la polaridad mundial (países extraordinariamente ricos y países terriblemente hambrientos), la contaminación, etc.

Como lo indica el autor, las poblaciones del futuro:

“...necesitarán no simplemente una sociedad mejor que la del pasado, sino, como siempre han mantenido los socialistas, un tipo distinto de sociedad. Una sociedad que no solamente sea capaz de salvar a la humanidad de un sistema reproductivo que ha perdido el control, sino en la que la gente pueda vivir vidas dignas de los seres humanos: no solamente en comodidad, sino juntos y con dignidad. Por eso es por lo que el socialismo todavía tiene una agenda ciento cincuenta años después del manifiesto de Marx y Engels. Por eso es por lo que todavía está en la agenda”. (Hobsbawm, 1993: 338- 339).

Ralph Miliband pone el acento en la falta de libertades que los gobiernos comunistas brindaron a sus poblaciones. Estas deberían ser “lecciones” que el sistema socialista debería aprender para el futuro (Miliband, 1993: 31).

Miliband considera que el socialismo del futuro debería representar “el principio humano”.

“...No es probable que en ningún lugar se produzca una transición tranquila al socialismo; por el contrario, es seguro que el proceso está plagado de grandes peligros y dificultades. Pero es más probable que los peligros y dificultades disminuyan a medida que el apoyo y el compromiso popular en el proceso sean mayores. Ese apoyo, su resistencia y su profundidad dependen en gran parte del grado en que un movimiento socialista sea capaz de convencer a la mayoría de la gente de que representa no sólo una mayoría material y un uso más racional de los recursos de lo que el capitalismo es capaz de hacer, sino que también representa un gobierno más humanitario”. (Miliband, 1993: 38).

También debe tenerse en cuenta la mirada de los hechos acaecidos desde una perspectiva interna como la del sociólogo ruso, Boris Kagarlistky para quien la posibilidad de un socialismo democrático es algo que está muy lejano cuando indica que en Rusia:

“Las soluciones socialistas eran posibles y óptimas en los ‘80, pero perdimos esa lucha...El socialismo democrático como alternativa realista para Rusia no será lo mismo que en los ‘80. Somos ahora un país pobre que necesita movilizar recursos para salir de la presente situación catastrófica. Eso significa que requerirá más dirigismo. Y el principal problema está en la naturaleza del Estado: necesitamos una especie de revolución democrática para cambiarlo. Pero eso no sucederá sin desafiar las actuales relaciones económicas y de propiedad”. (Kagarlistky, 1998: 87).

Jürgen Habermas plantea la necesidad de una formación democrática- radical en los albores del siglo XXI y agrega que:

“...Es en este tema donde la izquierda socialista tiene su lugar y su papel político. Puede constituir el fermento para comunicaciones políticas que protejan al marco institucional del estado democrático de derecho del peligro que corre de desecarse”. (Habermas, 1993: 76).

En definitiva, ¿qué pasará con el socialismo? La respuesta es incierta. El acaecer de los años venideros responderá este interrogante.

d) Ganadores y perdedores: los resultados de la guerra fría

Tras la caída de la Unión Soviética los intelectuales analizados realizaron un balance sobre si hubo algún ganador y/o perdedor del conflicto bipolar. Hay un conflicto bélico que marca

el comienzo del escenario del nuevo orden mundial, la Guerra del Golfo. La invasión de Irak a Kuwait y la posición norteamericana en este enfrentamiento esboza las intenciones futuras de Estados Unidos.

Mientras algunos intelectuales se adelantaban a afirmar el triunfo del capitalismo, otros decidían esperar un tiempo para dar una opinión.

Para Halliday el socialismo ha fracasado como alternativa al capitalismo. Según Thompson esta afirmación era un poco apresurada y consideraba necesario esperar unos años para ver que cambios ocurrían en el mundo. (Thompson, 1993:110).

Hobsbawm tuvo una posición intermedia, entre la optimista de Thompson y la pesimista de Halliday. Según el historiador inglés no había ganado el capitalismo sino un grupo de países al indicar que:

“... el ganador o es el capitalismo como tal, sino el viejo mundo desarrollado... ¿Quién o qué ha perdido, aparte de los regímenes del socialismo realmente existente, que claramente no tienen ningún futuro? El efecto principal de 1989 es que por ahora el capitalismo y los ricos han dejado de tener miedo...de una alternativa que realmente existía y que realmente podía extenderse, sobre todo bajo la forma del comunismo soviético...”. (Hobsbawm, 1993: 133- 134).

Mientras tanto, Chomsky se limitó a ironizar con la corriente convencional (que veía a la Guerra Fría como un conflicto ideológico) al afirmar que:

“...El bien ha triunfado sobre el mal con la victoria de la democracia, el capitalismo de libre mercado, la justicia y los derechos humanos. Los Estados Unidos, como adalides de la causa, llevan hoy la delantera en el camino hacia un nuevo orden mundial de paz, desarrollo económico y cooperación... que sigue lamentándose de que el Tercer Mundo no recibe lo que le corresponde...”. (Chomsky, 2002: 261)

Más allá de saber si hubo un ganador, la Guerra Fría dejó en el mundo actual innumerables huellas para toda la humanidad. El mundo que nos dejó este conflicto está plagado de desastres medioambientales, millones de armas desperdigadas por todo el globo y una impresionante polaridad en cuanto a la diferencia de riqueza entre el Primer y el Tercer Mundo.

2. La perspectiva realista de la guerra fría

Los análisis realistas acerca de la guerra fría difieren con los anteriormente expuestos ya que parten desde una perspectiva teórica diferente.

De la agrupación de autores que hemos considerado Raymond Aron puede decirse que es un realista clásico, mientras que los análisis de John Gaddis y Joseph Nye corresponden más a la época final de la bipolaridad y nos permiten una mirada en perspectiva del conflicto.

La teoría realista representa el paradigma tradicional del sistema internacional. Sus presupuestos son en palabras de James Dougherty y Robert Pfaltzgraff.

“...1) que las naciones- estado, en un sistema “centrado en los estados”, son los agentes clave; 2) que la política interna puede separarse claramente de la política externa; 3) que la política internacional es una lucha por el poder en un entorno anárquico; 4) que hay gradaciones de capacidades entre las naciones- estado -grandes potencias y estados menores- en un sistema internacional descentralizado de estados que poseen igualdad legal o soberanía.” (Dougherty y Pfaltzgraff, 1993: 91)

Para los realistas el sistema internacional está compuesto por numerosas fuerzas. La mayoría de ellas son inmodificables. Como se destacó, en sus estudios ponen un mayor énfasis en el poder militar como instrumento de mantenimiento de la paz. Consideran que el principal mecanismo para la regulación de conflictos es el equilibrio del poder entre diferentes estados.

De esta manera, la Guerra Fría es percibida como un equilibrio entre “dos grandes“, parafraseando a Raymond Aron, uno de los principales representantes de esta escuela. Los realistas analizan la relación entre ambas potencias como una correlación de fuerzas marcada fundamentalmente desde el punto de vista de la estrategia militar. Luego de un período de alianza al calor de la Segunda Guerra Mundial luego se produce la crisis y posterior ruptura que se consolida en 1947 con la doctrina Truman y su lucha contra el comunismo.

En “La República imperial”, Aron analizó la Guerra Fría desde sus comienzos hasta 1972. Este intelectual enfatizó que durante la contienda bipolar:

“... es el estado de las relaciones entre Dos Grandes lo único que permite distinguir las fases de la diplomacia estadounidense, por la simple razón de que sus responsables, al menos conscientemente, pensaban en sus acciones y en el mundo todo por referencia al peligro comunista” (Aron, 1974: 42).

Esta era una “guerra, ya que los diplomáticos no podían ni querían arreglar sus diferencias mediante negociaciones; fría, ya que no querían ni podían arreglarlos por la fuerza”. (Aron, 1974: 48).

Un estudio que presenta algunas coincidencias con el de Aron, es que John Gaddis realizó en “Estados Unidos y los orígenes de la Guerra Fría 1941-1947”. Ambos marcan como punto de inflexión los acontecimientos que transcurrieron tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Estos marcaron la ruptura entre Estados Unidos y la Unión Soviética. También rescatan la voluntad del por entonces presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, en buscar un consenso con la URSS. Según Aron la actitud de Roosevelt estuvo centrada en la idea de continuidad con el legalismo y universalismo wilsonianos. En contraste, Gaddis opina que su accionar respondió al afán de cumplir el “gran designio” de Estados Unidos, ya que la cooperación militar con Rusia era vital para garantizar la paz de posguerra.

Otro punto de coincidencia reside en lo que ellos creen que fue el motivo de la ruptura entre ambas potencias. Se centran en las diferencias en los intereses territoriales y económicos,

además del factor ideológico. Sin embargo en sus trabajos dan a entender que el accionar de los soviéticos en Europa Oriental durante 1945 conjuntamente con el cambio de táctica del comunismo internacional hicieron que Estados Unidos, a principios de 1946, comenzase a ver a su antiguo aliado como un potencial enemigo el cual tenía como fin “un programa de expansionismo ilimitado que amenazaba la supervivencia misma de Estados Unidos como sistema”. Esta política de endurecimiento con Moscú tuvo como secuela la doctrina Truman, en marzo de 1947, en donde se declara formalmente la Guerra Fría.

Según esta perspectiva ambas potencias querían la paz, pero las fuertes influencias externas llevaron a que la concibieran de una forma contradictoria. Es por eso que la Guerra Fría fue el resultado de una irónica paradoja, ya que las búsquedas simultáneas de paz condujeron a lo que no se deseaba, la bipolaridad. Fueron los objetivos políticos divergentes los que sepultaron cualquier intento de consolidar la alianza entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Joseph Nye coincide con Aron y Gaddis en ver a la bipolaridad como un sistema de equilibrio de poder. Así:

“...La Segunda Guerra Mundial destruyó el equilibrio de poder multipolar y nos introdujo en la era de la bipolaridad soviético- norteamericana: Algunos especialistas en ciencia política consideran de poder posterior a la Segunda Guerra Mundial es único en la historia del sistema internacional de los Estados. Si bien antes había habido equilibrios en los cuales las alianzas se concentraban alrededor de dos Estados... nunca dos países habían estado a tal punto por encima del resto en términos de sus propios recursos de poder”. (Nye, 1991: 75)

Al finalizar su estudio Nye realiza salvaguarda el papel que Estados Unidos tuvieron tras la Segunda Guerra Mundial, cuando indica que:

“...no buscó un imperio territorial o una hegemonía que mantuviera a las naciones perdedoras de la conflagración de 1945 en posiciones serviles. Por el contrario, estimuló su revitalización económica y su asociación estratégica para equilibrar el poderío soviético”. (Nye, 1991: 27)

Con respecto al panorama futuro a la bipolaridad Nye plantea la vuelta a la multipolaridad diciendo que:

“...Todos los Estados tendrán que confrontarse en el futuro con la cambiante naturaleza de la política mundial”. (Nye, 1991: 173)

Al finalizar su análisis Nye da un diagnóstico sobre lo que deberían hacer las distintas potencias para mantener el equilibrio de poder.

“...Las dos tareas críticas... serán manejar la decadencia del imperio soviético y actualizar las alianzas democráticas en un clima de posguerra fría. Algunos ven la decadencia soviética como prueba del éxito de las duras políticas de la primera administración Reagan. Proponen la estrategia de seguir debilitando al imperio soviético, continuando con la Doctrina Reagan de contraintervención en el Tercer Mundo y de los gastos

militares que tensionen la economía soviética y priven a los rusos de sus ventajas militares...”. (Nye, 1991: 229-230)

A modo de síntesis podemos decir, que tanto la mirada del realismo clásico, representada en el pensamiento de Aron, como las de Gaddis y Nye de principios de los noventa analizan la bipolaridad como una etapa particular en donde el equilibrio de fuerzas se encontraba en la lucha de dos grandes por la supremacía mundial. El final de la Guerra Fría planteaba un desafío para las principales potencias que tenían que reacomodar las piezas del rompecabezas mundial para lograr el tan ansiado “equilibrio”.

3. La Guerra Fría desde los ojos de la periferia: los autonomistas

a. La Teoría de la Dependencia: un antecedente

Durante los años cuarenta en la CEPAL (Comisión económica de las Naciones Unidas para América Latina) el economista Raúl Prebisch y un grupo de investigadores realizaron un estudio y llegaron a un diagnóstico en el que se explicaban cuales eran las causas de las desigualdades existentes en el mundo a nivel económico.

Los resultados de dicha investigación se conocen con el nombre de Teoría de la dependencia la cual explicaba la lógica del capitalismo a través de la existencia de países centrales y países periféricos que dependían de ellos.

Lo que explicaba la teoría de la dependencia era que las desigualdades existentes en el mundo retroalimentaban las relaciones de dominación que se establecían bajo el capitalismo reproduciendo el sistema.

Algunos de los principales exponentes de la Teoría de la Dependencia fueron: Fernando Cardozo, Enzo Faletto, Gunder Frank y Theotonio Dos Santos.

Los teóricos de la dependencia realizaron un primer aporte a la comprensión de la realidad latinoamericana hecho desde la periferia. Estos estudios constituyeron el punto de partida para la realización de otros trabajos.

b) Las críticas de Puig y Jaguaribe a la Teoría de la Dependencia

Entre los años sesenta y setenta, el brasileño, Helio Jaguaribe y el argentino, Juan Carlos Puig, comenzaron a delinear por separado una nueva teoría que analizaba un nuevo posicionamiento que Latinoamérica podía tener en el marco del escenario bipolar.

Ambos intelectuales reconocieron el aporte de los estudios cepalinos para visualizar las causas de las asimetrías económicas a nivel internacional. Sin embargo consideraban que la teoría de la dependencia no había planteado soluciones para salir de la dependencia. En este

estado de cosas, los países periféricos estaban sujetos a la buena voluntad de los países centrales para tomar medidas de cooperación internacional y ayuda económica. En la praxis este planteo se materializó en la fallida “Alianza para el Progreso” promovida a principios de los años sesenta por el presidente estadounidense Kennedy. Pero esta posible solución no cuestionaba al régimen de dependencia ya que justamente se había gestado en el seno de los países centrales. Es por eso que no cuestionaban el causal de las desigualdades y la injusticia. (Puig, 1983: 15)

En este contexto tanto Puig como Jaguaribe planteaban que la región debía reposicionarse y por tanto las políticas a seguir tenían que darle prioridad a la búsqueda de la autonomía.

c) Juan Carlos Puig

En “Malvinas y régimen internacional” Puig analizó el contexto internacional de la Guerra Fría. Así en el sistema bipolar:

“...el poder que ejercían y ejercen las superpotencias, así como, secundariamente, las grandes potencias, ha disminuido su eficacia relativa... Por eso es que las decisiones mundiales que adoptan ya no disponen, como en el siglo XIX, al compromiso exclusivo entre las grandes potencias; los pequeños y medianos Estados... pueden influir operativamente sobre su contenido...” (Puig, 1983:2).

A mediados del siglo XX el mundo se seguía rigiendo por las pautas decimonónicas en donde las grandes potencias tenían un poder que parecía ilimitado. Sin embargo, como lo indica Puig, esta era una visión distorsionada de la realidad. Si los países latinoamericanos seguían mirando el escenario internacional con las anteojeras del siglo XIX el margen de acción para la autonomía iba a ser muy reducido por no decir nulo. Esta es la causa que ha llevado a los desaciertos de la región. (Puig, 1983:14)

Los países latinoamericanos tenían que comprender la realidad del siglo XX dejando atrás los modelos teóricos obsoletos que los colocaban en un lugar donde no podían visualizar con claridad el escenario que presentaba la bipolaridad. Esto los llevaba a aceptar las imposiciones ideológicas de los países centrales. Por el contrario, un rasgo de las teorías surgidas desde la periferia como la autonomista, era aceptar su posición de periferia pero moviendo las piezas de una forma estratégica. Actuando a favor de los intereses nacionales y regionales.

Este equivocado diagnóstico de la dependencia llevaba a los países latinoamericanos a tomar medicinas que no curaban la dependencia, sino que la profundizaban. Seguían los consejos de las grandes potencias que fomentaban la dependencia y acotaban el margen decisorio de los países latinoamericanos.

En el sistema bipolar de la Guerra Fría el devenir de los acontecimientos demostraba que, ante la aparición del Tercer Mundo como un territorio en disputa, era el momento indicado para que Latinoamérica como parte de él comience a tomar decisiones autonómicas en materia de política exterior que le den otro posicionamiento en el mundo.

Había una creencia generalizada de que no había lugar para otras alternativas porque el Tercer Mundo debía elegir por uno y otro.

Aquí entra en juego lo que Puig denominó “los repartidores intermedios”, es decir: “...gobernantes de los demás Estados, autoridades de organismos gubernamentales internacionales..., de empresas transnacionales, y aun de grupos de presión y factores de poder internos que pueden no coincidir con la política que desean implementar los gobernantes de un Estado en su carácter de repartidores supremos o intermedios internacionales...” (Puig, 1983:48)

Estos se convierten en protagonistas dentro de la lucha por el reparto de poder internacional. Son producto de un fenómeno que surge en los años de la Guerra Fría, la transnacionalización del mundo que lleva a contactar a los pueblos de una forma distinta, estrechando relaciones y abriendo el espectro de control que hasta ese entonces era monopolio de los repartidores nacionales.

Otro factor de poder para los países medianos y pequeños que Puig consideraba era la propiedad de materias primas que resultan imprescindibles para las grandes potencias pero que sólo pueden adquirir si las importan. (Puig, 1983: 53)

Pueden darse avances y retrocesos en el proceso de un país que va desde la dependencia hacia la autonomía. Puig indica que este proceso depende de varios factores de índole histórica, de mayores o menores recursos de poder o de la existencia de un grupo dominante interesado en la autonomía. (Puig, 1983: 63)

El autor divide este proceso en cuatro etapas:

- a) Dependencia paracolonia: El Estado tiene un gobierno soberano pero los sectores que detentan el poder pertenecen a la estructura del poder real de otro Estado. En consecuencia la economía está orientada en función de intereses extranjeros. Por ejemplo: Perú durante el siglo XIX.
- b) Dependencia nacional: Aceptación de la dependencia por parte de los sectores dominantes para obtener el máximo beneficio. Por ejemplo: Argentina y Brasil en el siglo XIX.
- c) Autonomía heterodoxa: El sector dominante acepta la conducción estratégica de la potencia dominante, pero está en desacuerdo con aceptar que le impongan en nombre

de estas decisiones que no responden a sus propios intereses. Por ejemplo: Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivas áreas de influencia.

- d) Autonomía secesionista: La secesión del país periférico respecto del dominante. Por ejemplo: El proceso de independencia de los países americanos durante fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. (Puig, 1983: 63-70)

A partir de esta perspectiva Puig hizo en sus estudios un llamamiento a cambiar la realidad distorsionada de ese momento desde el plano de las ideas. Es decir, primero había que pensar autónomamente para después ejecutar dichas prácticas. El camino hacia la autonomía dependía; por un lado, de los márgenes de acción impuestos por el régimen internacional y; por otro lado, de que los grupos de la elite estuviesen interesados en dichas políticas.

d) Helio Jaguaribe

En el marco de la guerra fría Jaguaribe, al igual que Puig, visualiza la necesidad de la conformación de una integración latinoamericana para hacerle frente a las grandes potencias que muy sutilmente se encargan de separar a la región conforme a sus intereses.

“...Como Inglaterra en el siglo pasado, Estados Unidos dispone en la actualidad, ...de condiciones para manipular-en forma ostensiva o indiscreta- las rivalidades que tradicionalmente oponen a los países latinoamericanos, del tipo de las que ya existen entre Chile y Perú, Chile y la Argentina, la Argentina y Brasil, etc. A tal efecto apela a toda suerte de maniobras: en lo económico, jugando con las inversiones, la instalación de industrias, la concesión de patentes, etc...Este tipo de maniobras desvía hacia una estéril y ficticia competencia de prestigio y hacia problemas artificiales de seguridad nacional una enorme porción de las energías de los países de la región, las cuales, por el contrario, deberían ser canalizadas hacia su desarrollo dentro de la cooperación mutua...” (Jaguaribe, 2001:119)

Era por eso que los países latinoamericanos debían priorizar en sus políticas la búsqueda de la autonomía en dos sentidos: interna para lograr decisiones propias y externa para superar su actual posición de dependencia. (Jaguaribe, 2001:106)

Este autor realizó una clasificación de los países latinoamericanos teniendo en cuenta dos variables: el grado de viabilidad nacional y el grado de desarrollo nacional. Según el primero cuánto más alta sea la viabilidad nacional más posibilidades va a tener el país en cuestión de aspirar a la autonomía y viceversa. Con respecto al segundo, cuanto mayor sea su grado de desarrollo mayores márgenes de maniobra va a tener su política exterior. (Jaguaribe, 2001:106)

El autor proponía una solución en vías de la integración latinoamericana: crear lazos de cooperación en tres planos principales: político, económico y científico – tecnológico.

Plano político: Renunciar a la inútil competencia para ver que país tiene alianzas con Estados Unidos, sin darse cuenta que sin ella el grado de autonomía que puede adquirir la región sería óptimo. Se deberían superar las rivalidades históricas para conformar con el resto de los países un fuerte bloque regional. Para lograr esto, primero tenían que reconocer la inevitabilidad de la competencia que caracterizó su relación desde antaño; Segundo, establecer un acuerdo en donde se una la capacidad militar de ambos fabricando maquinarias en sus propios territorios aunque sean inferiores a los de las grandes potencias.

Plano económico: Al frente de las políticas autonómicas tenían que estar los países con mayor grado de desarrollo relativo como Brasil, México y Argentina. Para ello debían adoptar políticas de cooperación por la que los países con menor desarrollo relativo podrán ser asesorados por aquellos más desarrollados.

Una propuesta interesante del autor residía en proponer, por un lado, el establecimiento la sede del BID en Latinoamérica y, por otro lado, organizar un sistema de empresas multinacionales latinoamericanas capaces de defender los intereses comunes latinoamericanos.

Plano científico- tecnológico: Consideraba primordial la existencia de un conjunto de científicos y técnicos críticos que aplicasen fórmulas ya experimentadas en los países centrales a fin de extraer un beneficio comercial. De esta manera, se llegaría a una política tecnológica e industrial latinoamericana integrada. En particular, ponía énfasis en la importancia de la subregión atlántica y en los países que la conformaban, Brasil y Argentina.

La cooperación sumada a un buen sistema de financiamiento otorgado por el BID con sede en Latinoamérica y a la limitación del capital extranjero en la región podían hacer, junto al óptimo desarrollo del plano científico- tecnológico, que se logre la autonomía.

En su libro “Desarrollo económico y político” Jaguaribe analizaba las condiciones que un Estado-Nación moderno debían darse para llegar a un desarrollo de índole nacional.

Considera que para cumplir dicho objetivo son necesarios tres factores: el grado de viabilidad nacional, la ausencia de crisis social y la no implantación de modelos políticos exógenos a la región.

Respecto al primer factor indicaba que en los años sesenta y setenta el desarrollo de las pequeñas naciones subdesarrolladas es cada vez menos viable. Sumado a esto varios países de Latinoamérica estaban inmersos en una profunda crisis social lo cual constituía un obstáculo para el desarrollo. Este panorama se completaba con sistemas políticos que eran impuestos por los países centrales. En este sentido, Jaguaribe se refería a la implantación en

Latinoamérica de gobiernos dictatoriales los cuales respondían a los lineamientos norteamericanos de la Doctrina de Seguridad Nacional.

En estas condiciones era muy difícil establecer políticas regionales que defendieran los mercados internos, con la llegada de empresas multinacionales que eran también pertenecientes a los países centrales.

En síntesis, resultaba clave para Jaguaribe que los países latinoamericanos encontrasen cada uno el sistema político adecuado para sus sociedades ya que de lo contrario esto atentaría contra el desarrollo no solo de cada país, sino de la región en su conjunto. En consecuencia, había que cambiar la coyuntura latinoamericana de los sesenta y los setenta para poder lograr la integración latinoamericana y mayores márgenes de autonomía en la región.

4. Distintas perspectivas sobre el rol del Tercer Mundo durante la Guerra Fría

Nuestra investigación se propuso investigar las opiniones que algunos de los principales exponentes del campo académico tuvieron sobre la Guerra Fría, desde una dimensión general, y que pensaban acerca del lugar que ocupó el Tercer Mundo en la contienda, desde una dimensión particular. Una vez trabajado la primera dimensión, analizaremos la segunda.

a. El Tercer Mundo desde la óptica de los intelectuales de izquierda

La elección de los académicos es restringida debido a que no todos en sus escritos hicieron referencia explícita al lugar que el Tercer Mundo ocupó en el escenario bipolar.

Según Eric Hobsbawm, la Guerra Fría tuvo como espacio al Tercer Mundo luego de la Segunda Guerra Mundial las grandes potencias trasladaran sus conflictos hacia esa región. Así lo indica al decir que:

“La guerra, que se había extendido por todo el mundo desarrollado dos veces, quedó eliminada de esta región, en parte al ser transferida al Tercer Mundo. Allí, los años que van de 1945 a 1990 probablemente hayan visto más derramamiento de sangre y destrucción que ningún otro período de la historia de longitud comparable”. (Hobsbawm, 1993:129)

Mientras Europa en cambio el bienestar del que gozaban los países capitalistas desarrollados echaba por tierra cualquier posibilidad de una revolución socialista exitosa. En cambio:

“...en los años sesenta el Tercer Mundo devolvió de hecho al Primero la esperanza de la revolución. Las dos grandes inspiraciones internacionales eran Cuba y Vietnam...”. (Hobsbawm, 2003: 238)

El especialista en Relaciones Internacionales Fred Halliday le otorga un importante papel al Tercer Mundo en el desarrollo de la Guerra Fría. El análisis de Halliday sobre el año 1988 da cuenta de la importancia de esta región en la que realmente se libró la contienda. Así lo indica cuando dice:

“...el 1988 del Tercer Mundo, el año en que, en diversos conflictos en Asia, África y Latinoamérica, los procesos de negociación alentados por las grandes potencias empezaron a surtir efecto en Camboya, Afganistán, el Golfo, el cuerno de África, Angola, el Sahara, Nicaragua y en otras partes. La importancia del Tercer Mundo en este proceso y en las expectativas para las relaciones Este-Oeste en los años noventa no necesita defensa: mientras que Europa ha estado, en su mayor parte, en paz desde 1945, en el Tercer Mundo se han desencadenado más de 140 conflictos de carácter anticolonial, interestatal, de clases y étnicos. Aparte de Trieste y Berlín, las mayores crisis Este- Oeste han surgido en el Tercer Mundo...”. (Halliday, 1993: 78).

Halliday también centra su análisis en el accionar imperialista que Estados Unidos tuvo en distintas regiones del Tercer Mundo durante la Guerra Fría.

“En el Tercer Mundo, la intervención de Estados Unidos acabó con la ola de revoluciones en varios niveles: después de la Zimbabwe, en 1980, ya no hubo más sublevaciones...Al mismo tiempo se creó la <<doctrina Reagan>> para justificar la presión en los estados revolucionarios del Tercer Mundo: se enviaron armas a las guerrillas que se oponían a los regímenes prosoviéticos en cuatro estados: Camboya, Afganistán, Angola y Nicaragua”. (Halliday, 1993: 93)

El escritor Eduardo Galeano también se refiere al imperialismo que Estados Unidos ejerció sobre América Latina y principalmente en Centroamérica durante las primeras décadas del siglo XX. (Galeano,1993: 251)

Siguiendo la postura del escritor uruguayo, Noam Chomsky realiza en sus estudios una crítica al imperialismo que su país ejerce sobre Latinoamérica. Bajo el velo de la amenaza ideológica comunista, Estados Unidos ocultó durante la Guerra Fría sus intereses económicos sobre el territorio. Esta política comenzó a bosquejarse con la proclamación de la Doctrina Monroe en el año 1823. El lingüista norteamericano considera que:

“...el talante profundamente antidemocrático de la política estadounidense en el tercer mundo, que recurre continuamente al terror para marginar o destruir las organizaciones populares, es una consecuencia inmediata de la oposición por principio al <<nacionalismo económico>> que normalmente reivindican las presiones populares. Estas son las características más relevantes de la política, que poco tienen que ver con la guerra fría...” (Chomsky, 2005: 157-158)

Poniendo el acento en los intereses económicos norteamericanos como uno de los principales motores para la implementación de su política en el Tercer Mundo, cristalizados después de la Segunda Guerra Mundial a través de organismos multilaterales de crédito como el FMI (Fondo Monetario Internacional). (Chomsky, 2002: 270)

En todos sus trabajos Chomsky resalta la estrategia ideológica de la política exterior norteamericana que utiliza la idea del “enemigo común” como el argumento perfecto para complimentar sus intereses imperialistas.

De esta manera, los pobladores del Tercer Mundo y como parte de él, los países de América Latina, fueron víctimas de los preceptos de la globalización y la transnacionalización de la economía que comenzó a producirse en los años ochenta. Como lo indica Chomsky:

“...las estrategias de desarrollo impuestas al Tercer Mundo por el poder occidental, ejecutadas por las instituciones económicas internacionales o por los propios estados y empresas, tienen enormes efectos sobre la vida de las poblaciones seleccionadas”. (Chomsky, 2002: 306).

A modo de balance podemos decir que encontramos un común denominador en el pensamiento de todos los intelectuales de izquierda en observar al Tercer Mundo como a un conjunto de países que fueron víctimas de los intereses económicos de las grandes potencias. Estados Unidos en su cruzada anticomunista, quería evitar en todas las regiones del Tercer Mundo donde hubiera un intento de avance soviético, que se trastocaran sus intereses representados en la praxis en las políticas de transnacionalización e implantación de empresas extranjeras, en su mayoría de bandera norteamericana en los países tercermundistas.

b. El Tercer Mundo según los realistas

La Guerra Fría es vista por los realistas, teniendo en cuenta su mirada de las Relaciones Internacionales, como un equilibrio de fuerzas, principalmente militar que se cristalizó en la praxis en la carrera armamentística.

Para Raymond Aron:

“...El sistema mundial se divide en subsistemas, cuyas unidades se consideran más o menos libres del peligro de intervención extranjera en sus zonas, sea porque la distancia y la escasa magnitud de los problemas en juego les garantizan una relativa autonomía...”. (Aron, 1985 a: 26)

Considera que el Tercer Mundo forma parte de uno o varios subsistemas que en el escenario bipolar se encuentran bajo la influencia del sistema capitalista o del sistema comunista. Así lo indica cuando dice que:

“...La rivalidad entre los dos Grandes se manifiesta en todas las regiones del mundo o, si se quiere, en todos los subsistemas. Esta rivalidad asume formas diferentes y su acción es más o menos fuerte en cada subsistema. He analizado el caso especial del Cercano Oriente, donde el cliente(o protegido) de Estados Unidos goza de una evidente superioridad militar sobre todos sus vecinos juntos y no sufre amenazas desde el interior. Es por ello que la Unión Soviética ha perdido la mayoría de las partidas, pero conserva un peón- Siria- y una carta de triunfo indirecta: el statu quo...”. (Aron, 1985 a: 171)

Esta forma de ver el mundo de Aron responde fielmente a la postura realista en donde los países del Tercer Mundo serían las piezas de un juego que se estaban disputando las dos grandes potencias. Estados Unidos y la Unión Soviética manejaban las piezas a su antojo y conveniencia en su lucha por la hegemonía mundial. Esto lo demuestra cuando afirma que:

“... El conflicto Este- Oeste se libra con frecuencia en el Sur, en los países en vías de desarrollo, desgarrados entre la impaciencia de los pobres y el egoísmo de los ricos. Tal vez a largo plazo el destino de las masas del llamado Tercer Mundo pese más en los destinos de la humanidad que el conflicto de poder e ideología que opone a los países industrializados de Occidente a los países soviéticos y se extiende a través del mundo...”. (Aron, 1985: 261)

Respecto a las inversiones que Estados Unidos ha realizado en el Tercer Mundo, Aron mantiene una posición muy distinta a la que manifestamos propia de los intelectuales de izquierda. Lejos de condenar la posición estadounidense como imperialista, el autor considera que:

“...toda teoría que condena o aprueba, en tanto que tales, a las inversiones extranjeras en el Tercer Mundo me parece no tener alcances políticos ni históricos, mientras la influencia de tales inversiones varíe de acuerdo con el país que las recibe, o de acuerdo con la estrategia de los inversores...”. (Aron, 1974: 268)

De esta manera según Aron, el Tercer Mundo era una especie de subsistema susceptible a recibir invasiones extranjeras bajo su órbita.

En “Estrategias de la contención” Gaddis, coincide con Aron en ver al escenario de la Guerra Fría como un juego en el que Estados Unidos y la Unión Soviéticas movían las piezas a su conveniencia, siendo los distintos sectores del Tercer Mundo constituían cada una de esas piezas. Afirma que:

“...Contrariamente a las actuales afirmaciones revisionistas, entonces, Eisenhower fue algo menos que un genio... una innecesaria confusión acerca de qué era lo que estaba tratando de disuadir en el Tercer Mundo, una imposibilidad de respetar sus propios compromisos con las negociaciones...”. (Gaddis, 1989 b: 217)

El autor realiza una interesante reflexión acerca de la situación mundial hacia 1963 donde también menciona al Tercer Mundo como el nuevo escenario donde verdaderamente se estaba dando la Guerra Fría. Así lo manifiesta cuando dice que en la época de Kennedy:

“...la lucha se había desplazado de Europa a Asia, África y Latinoamérica, de las armas nucleares y convencionales a la guerra irregular, la insurrección y la subversión, pero no por ello era menos real...”. (Gaddis, 1989 b: 229).

En este sentido está haciendo referencia a las distintas etapas y cambios que se produjeron en las cuatro décadas en las que duró la bipolaridad.

La política económica exterior estadounidense durante la administración Kennedy se basó, según Gaddis en la influencia del economista Rostow, para quien el desarrollo económico contribuía al equilibrio de poder entre los distintos países del mundo, más que por seguir los preceptos de la ideología liberal. En este sentido, Gaddis indica que: “... Estados Unidos no necesitaba <<que todas las sociedades en todo momento aceptaran los valores democráticos como aspiración ni que se desplazaran ininterrumpidamente hacia su consecución>>. Pero era vital que los países del Tercer Mundo se desarrollaran <<siguiendo líneas en general coherentes con nuestros propios conceptos de libertad individual y gobierno basado en el consentimiento>>. (Gaddis, 1989 b: 246).

Este es el marco en el que los realistas insertaron las políticas de la “Alianza para el Progreso” que fueron fomentadas durante el gobierno de Kennedy en los años sesenta.

En relación a dichas políticas, desde Latinoamérica surgieron opiniones de distintos intelectuales que analizaron el Tercer Mundo desde la periferia.

c. El Tercer Mundo desde la periferia: la perspectiva autonomista

En su afán de reposicionar a Latinoamérica en los años de la Guerra Fría los estudios de Juan Carlos Puig y Helio Jaguaribe realizaron en una interpretación distinta desde la periferia.

Para ambos los países latinoamericanos debían optimizar la coyuntura que se presentaba en el mundo bipolar llevando a cabo políticas autónomas en materia de política exterior.

Esto significaba asumirse como periferia pero utilizar ese lugar para la búsqueda de autonomía respecto de las grandes potencias.

Para Puig la autonomía era:

“... ampliar el margen de decisión propia y...recortar el margen de que disfruta algún otro. Salvo casos- límite o atípicos, el logro de una mayor autonomía supone un juego estratégico previo de suma- cero, en el cual alguien gana lo que otro pierde”. (Puig, 1983:20-21)

Como lo nombramos con anterioridad, Puig pensaba que el contexto político y económico del escenario bipolar era ideal para que Latinoamérica cobre protagonismo y logre una mayor autonomía. Desde el punto de vista político, las grandes potencias estaban luchando por la hegemonía mundial, en lo que él llamó juego de suma- cero; en lo económico el proceso de transnacionalización de la economía estableció un nuevo actor socio- económico que él denomina “los repartidores intermedios”. No sólo los políticos (los repartidores supremos) constituían un grupo de presión en lo referente a la política exterior de un país, sino también los empresarios representantes de las empresas transnacionales.

Esta coyuntura podía ser aprovechada por los países latinoamericanos que son productores de materias primas por excelencia, en un mundo transnacionalizado donde cada país producía según sus propias capacidades. Así podían proteger los precios de los productos que ofrecían teniendo en cuenta que los países desarrollados debían consumir materias primas y por lo tanto, necesitaban importarlas.

En esto último contribuye el análisis de Helio Jaguaribe quien realizó una diferencia dentro de los países latinoamericanos a través de dos conceptos: el grado de viabilidad nacional y el grado de desarrollo nacional. Cuanto más posea un país de ambos estará más capacitado para obtener un mayor grado de autonomía.

Para lograr esto Jaguaribe proponía la creación y el fomento de lazos de cooperación entre los países latinoamericanos desde el punto de vista político, económico y tecnológico. Así se fortalecería a la región para permanecer firme ante los planteos de las grandes potencias. Según su opinión:

“...en el caso de América Latina...en la medida en que sus países, conforme a una estrategia regional común, adopten una política científico- tecnológica integrada y ajusten a ella sus prácticas industriales y comerciales. A ese efecto, la única solución posible...es la vía integracionista”. (Jaguaribe, 2001: 130)

La integración era tanto para Puig como para Jaguaribe la pócima mágica para solucionar la dependencia de los países Latinoamericanos con respecto a las grandes potencias y poder lograr, la tan esperada y ansiada autonomía.

Conclusión:

En los dos últimos años intentamos realizar un estado de cuestión con las opiniones que algunos de los intelectuales más reconocidos por la academia tuvieron sobre un fenómeno tan particular y trascendental del siglo XX como la Guerra Fría.

Dividimos nuestra muestra en tres grandes grupos: los pensadores de izquierda, los realistas y los autonomistas. Establecimos nuestro trabajo en tres momentos: 1) Nos limitamos a la recolección y análisis de las opiniones; 2) las pusimos en tensión tanto entre los miembros del mismo grupo como entre los distintos campos teóricos y 3) Exploramos sus opiniones acerca del Tercer Mundo.

De esta manera, podemos decir que encontramos notables diferencias entre los pensadores de izquierda, los realistas y los autonomistas en lo referente tanto a la visión que cada uno tenía de la Guerra Fría en general y del Tercer Mundo en particular.

Las miradas diferentes sobre un mismo objeto de estudio dependen del lugar en el que se paraban para hacer el análisis. Así mientras que para los pensadores de izquierda el Tercer Mundo fue no sólo la región en disputa, sino también la más perjudicada y donde más se vieron los resultados negativos de la contienda bipolar; para los realistas los países tercermundistas eran las piezas de un juego que no jugaban ellos mismos sino las grandes potencias, mientras que para los autonomistas, el papel del Tercer Mundo en general y de Latinoamérica en particular, durante el mundo bipolar era crucial para, si se lo proponían, poder salir de la dependencia marcada por el sistema capitalista

Bibliografía:

- ARON, Raymond. (1974) La república imperial. Buenos Aires. Emecé.**
(1985) a. Los últimos años del siglo. Buenos Aires. Emecé.
(1985) b. Memorias. Madrid. Alianza Editorial.
- CHOMSKY, Noam. (2002) El miedo a la democracia. Barcelona. Crítica.**
(2005) El nuevo orden mundial (y el viejo). Barcelona. Crítica.
- GADDIS, John Lewis (1989) a. Estados Unidos y los orígenes de la Guerra Fría 1941-1947. Buenos Aires. GEL.**
(1989) b. Estrategias de la contención. Buenos Aires. GEL.
- DOUGHERTY, Paul y PFALTZGRAFF, Robert L. (1993) Teorías en pugna en las Relaciones Internacionales. Buenos Aires. GEL.**
- GALEANO, EDUARDO (1993) “El niño perdido en la intemperie” en Blackburn, Robin (ed), Después de la caída. Barcelona. Crítica.**
- HABERMAS, Jürgen, (1993) “¿Qué significa hoy socialismo? Revolución recuperadora y necesidad de revisión de la izquierda” en Blackburn, Robin (ed), Después de la caída. Barcelona. Crítica.**
- HALLIDAY, Fred, (1989) Génesis de la Segunda Guerra Fría. México. F.C.E.**
(1993) “Los finales de la guerra fría” en Blackburn, Robin (ed), Después de la caída. Barcelona. Crítica.
(1998) “El significado del comunismo, la Guerra Fría y la dimensión internacional” en Adamovsky, Ezequiel (comp). Octubre hoy. Conversaciones sobre la idea comunista a 150 años del Manifiesto y 80 de la Revolución Rusa. Buenos Aires. El cielo por asalto.
- HOBSBAWM, Eric (1990) “Adiós a todo eso” en Blackburn, Robin (ed), Después de la caída. Barcelona. Crítica.**
(1998) El siglo XX. Barcelona. Crítica.
(2003) Años interesantes. Buenos Aires. Crítica.
(2007) Guerra y paz en el Siglo XXI. Barcelona. Crítica.
- JAGUARIBE, Helio (1973) Desarrollo económico y político. México. F.C.E.**
(2001) Brasil: Crisis y alternativas. Buenos Aires. Amorrortu.
- KAGARLISTKY, Boris (1998) “La experiencia histórica de la URSS vista desde adentro” en Adamovsky, Ezequiel (comp). Octubre hoy. Conversaciones sobre la idea comunista a 150 años del Manifiesto y 80 de la Revolución Rusa. Buenos Aires. El cielo por asalto.**

MILIBAND, Ralph (1993) “Reflexiones sobre la crisis de los regímenes comunistas” en Blackburn, Robin (ed), Después de la caída. Barcelona. Crítica.

NYE, Joseph S. (1991) La naturaleza cambiante del poder norteamericano. Buenos Aires. GEL.

PUIG, Juan Carlos (1983) Malvinas y régimen internacional. Buenos Aires. Depalma.

SIMONOFF, Alejandro. (2007) Los dilemas de la autonomía: La política exterior de Arturo Illia (1963- 1966). Buenos Aires. GEL.

THOMPSON, Edward. (1993) “Los finales de la Guerra Fría: una réplica” en Blackburn, Robin (ed), Después de la caída. Barcelona. Crítica.